

CARTA DE LA MADRINA

Dra. Cecilia Sinay Millonschik

*A Sigmund Freud, mi maestro,
que me enseñó a desobedecer*

La teoría sexual del psicoanálisis es como es. Esto, de todos modos, no quita (sino que justamente implica) que la mujer está ausente del psicoanálisis, o termina no sabiendo si le sobra algo, le falta algo, o se trata de otra cosa. Entre tanta envidia del pene y dialéctica del falo, se yerguen úteros atestados de penes y bebés, hay pechos de toda naturaleza, hijos como heces; y todas estas cosas parecen, en realidad, más que posturas teóricas, estandartes de alternativos machismos o feminismos de los que la mujer (y probablemente también el hombre) están ausentes. La Viena de Freud, con su represión sexual, sus hipocresías y sus “histerias” requería esa teoría. Pero.

Para mí es muy importante que no se entienda esto que estoy diciendo como feminista, porque se desvirtuaría totalmente el planteo al cometer —especularmente— el mismo error (es lo que, a mi juicio, sucede con Melanie Klein, cuyo punto de vista es masculino —cambia envidia por envidia— y libra su lucha con las mismas armas; lo que no cambia la óptica, a lo sumo cambia el juego de fuerzas). Nuestras hipótesis científicas no son objetivas. Y no sólo porque ninguna cosa humana puede serlo, sino porque las cosmovisiones y los sistemas de valores de una persona o de una época condicionan *qué* —del enorme campo de posibilidades— vamos a observar. En *qué*

hemos de poner la mira y, sobre la base de este recorte, cuánto hemos de dejar afuera.

¿Qué entiendo, entonces por cambiar la óptica? En primer lugar, cuando hablo de femenino hablo de mujer y hablo de hombre. Lo femenino no es patrimonio de la mujer. Lo importante no reside en que se puede haber malentendido la psicología de la mujer, solamente; sino que ha quedado fuera de la historia lo femenino y, con ello, una posible óptica del psiquismo. Si muchas veces incluyo el punto de vista de la mujer no es (creo) por defender una postura feminista que –en última instancia– es una óptica tan riesgosa como la de cualquier “ismo”. Sucede que, mal o bien que me pese, ése es mi sexo (o mi género, como se acostumbra a decir ahora). Pero, esencialmente, se trata para mí de *otro* punto de vista que puede, quizá, contribuir al desenfoque general.

Me pregunté muchas veces por qué se ha escrito tanto sobre Edipo y tan poco sobre Yocasta. Podríamos decir que el falocentrismo de buena parte de la teoría psicoanalítica tiene que ver con ello; y es posible. Pero hace tiempo que he dejado de pensar que hay una causa para cada efecto. Creo que la cosa es mucho más compleja. La dialéctica femenino-masculino (ya he dicho que no la llamo hombre-mujer porque no creo que cada sexo sea unívocamente portador de una sola de esas características) abarca un entramado complejo que es biológico, es psicológico y es cultural. Las leyes de la sangre y las leyes del poder se debaten en la pugna entre muerte e incesto. Efectivamente, todo el mundo parece poner el grito en el cielo porque Yocasta y Edipo cometieron semejante pecado, transgresión, acto psicótico, cristalización perversa, o como quiera llamársele según la óptica de cada quien. Pero poco y nada

nos escandaliza que Yocasta se haya preñado por la astucia, que su hijo le fuera arrancado al nacer y lo recuperara en una especie de vuelta sardónica del destino, para perderlo otra vez.

¿Por qué tanta agitación por el incesto y tan poca por la muerte y por la guerra? ¿Qué temblores sufrirían el patriarcado, las leyes, las teorías y el orden establecido si se nos ocurriera invertir los términos? ¿Y si Edipo y Yocasta se hubieran unido contra el atropello de un Layo que pasa por encima con lo que impone por la fuerza, con sus prohibiciones y con su carro? Entendiendo, naturalmente, que cada uno de estos personajes no *es* sino que *representa*. No importa que esta hipótesis sea válida, porque ni siquiera me interesa sostenerla como tal; importa que no se nos ocurra pensarla. Que no nos llame la atención que hagamos tantos Congresos y Simposios sobre Edipo cincuenta años antes o cincuenta años después, que tengamos Edipos tempranos, tardíos y sepultados y que nadie reclame una Yocasta. Cuando algo está demasiado silenciado, algo debe oponerse a que se diga. ¿Cuál puede ser el escándalo, qué cosa correría el riesgo de desmoronarse si se nos ocurriera preguntarnos, aunque sólo fuera por un instante, si habrá alguna razón para condenar tan severamente el incesto y permanecer distraídos ante la desaparición de los hijos? ¿Qué es lo que estamos mirando y qué lo que estamos tratando de no ver? ¿Qué orden establecido estamos sosteniendo? Si bien puede parecerlo, esto no es una apología del incesto. O sí. Para desmitificar ciertas tranquilidades obvias.

En el embarazo, las células placentarias escapan a la regla fundamental de todo organismo de rechazar lo ajeno. Allí, en la placenta, el otro tiene tanto derecho como yo. La subsistencia de la especie requiere, con la meiosis, el conocimiento de

la alteridad y la capacidad de albergar lo diferente. Es como si algo en nosotros ejerciera un saber acerca de la existencia y fuera capaz de hacer todo lo necesario para tolerarlo y sostener durante un tiempo breve (orgasmo) o mucho más prolongado (embarazo), la tensión de ser uno y ser dos. ¿La anatomía como destino? Más bien creo que nosotros somos los que hemos hecho la división psico-somática. O naturaleza-cultura. O etcétera.

En cierto sentido, diría que el porvenir de nuestra especie (y no me refiero aquí sólo a lo social, sino también a lo biológico) depende de nuestra capacidad para albergar la alteridad y la diferencia.

Por supuesto que esto involucra también al hombre; pero aquí he decidido hablar de la mujer. Y hay un lugar donde la mujer es siempre mujer-madre. Allí donde alberga, allí donde el hombre y el hijo se le instalan, allí donde el incesto es un filo que nos abre a infinitos misterios. Todo hombre ha sido dentro de otra, ya que todo hombre nació de mujer. ¿En qué modo están emparentadas la relación hombre-mujer y la experiencia placentaria? Ése es todo un tema; pero, por ahora, quedará para después.

Muchas veces me llama profundamente la atención que haya conductas netamente biológicas que tienen correlatos con conductas netamente culturales. Y allí —obviamente— la palabra netamente está de más (por lo menos para mí).

Vuelvo: la maternidad no admite competencia; no hay *yo o tú* (aunque ése puede ser un sentimiento muy fuerte durante el embarazo, y aún puede llegar a interrumpirlo). Porque donde la maternidad se realiza, donde la placenta toda entera se prepara para no reaccionar antigénicamente contra el feto,

donde el útero, la vagina y la pelvis crecen, se laxan, relajan; la lógica es la de hacer lugar. Para la mujer albergar a otro no supone una pérdida. No necesita triunfar sobre él, o no puede hacerlo: no está en su naturaleza. Porque, aunque adhiero al concepto de género; ¿para qué nos vamos a engañar?: la que tiene útero es la mujer.

Como se verá, todo el tiempo me pregunto si se tiene útero porque se es mujer o se es mujer porque se tiene útero. Es una manera de decirlo, naturalmente. Que tiende a intentar aceptar que dividimos mucho porque sabemos poco. Hombre-mujer quizá sea una de esas divisiones.

A más de cien años del nacimiento del psicoanálisis y, entre otras cosas, gracias a él; la mujer tiene voz para cantar su óptica. Sólo un hombre podía llevar a cabo esa hazaña en tiempos de Freud. Hoy, quizá, la mujer pueda esbozar la metapsicología, la clínica o la mirada de lo que queda por fuera del sistema de poder.

¿Qué entiendo, entonces por cambiar la óptica? Dije ya que cuando hablo de femenino hablo de mujer y hablo de hombre. Lo femenino no es patrimonio de la mujer. Es un modelo de pensamiento, un tercer ojo, que no está inscripto en el sistema de valores vigente. Todo lo que tiene que ver con la competencia, la dicotomía, el dominio, el sometimiento, las cantidades, la rivalidad, la envidia (premisas sobre las que está construido nuestro psicoanálisis), es masculino (del hombre o de la mujer). Lo femenino (del hombre o de la mujer) pertenece a lo que no tiene *rating*, al sector no prestigiado en una sociedad donde el éxito, el consumo, el poder, la fama, la riqueza, ganar, etcétera, son los valores. Así la sangre, el dolor, la ternura, la seducción, la convicción de que en la compe-

tencia la humanidad pierde siempre, el hacer lugar en vez de empujar no gozan del favor de nuestra sociedad y de nuestro tiempo. Y creo que el hombre ha sido aún más oprimido en esto que la mujer, porque el sitio que debe ocupar socialmente requiere que no haga espacio a aquello que podría poner en riesgo las seguridades y fortalezas que la sociedad le reclama. No se puede, por ejemplo, ir a la guerra con dudas, flaquezas o ambigüedades: eso es suicida. Hay que ir con la convicción de que tenemos la razón, de que vamos a ganar, de que somos los mejores, de que el que afloja es un afeminado; o tener la valentía (tan peligrosa como la guerra) de desertar. Y la guerra la hacen los hombres. Y cuando la hacen las mujeres, la hacen con su parte masculina. Perder, la perdemos todos. Las mujeres, a veces nos ofendemos cuando escuchamos que Mussolini decía: “*Le donne in cucina*”; pero la contrapartida de eso era: “*Gli uomini in guerra*” (dicho o no, claro). La verdad es que creo que *el Duce* nos hacía un gran favor a las mujeres. Aún cuando él supiera o no, lo quisiera o no, su ánimo fuera o no (probablemente no) hacer otra cosa que señalar la inferioridad femenina.

Ya se habrá podido observar que esto que escribo no es “científico”, no de la manera en que lo establece “lo masculino”. La mujer no está inscrita en el principio de no contradicción aristotélico. Está irrumpida por la pasión, que en ella se juega a cara o cruz; además, no es un bicho estadístico: su hijo vive o se muere, y una vez que está embarcada en el asunto, el asunto no tiene vuelta atrás. Eso hace la vida o la muerte de a dos. Su tema, más que la competencia, es el polifacetismo: las mil caras que alberga su condición. Un niño colgando de la falda, otro en el vientre, una tortilla a medio freír, una gotita de sangre que se pierde, algún dinero por

ganar y una loca aspiración de cumplir con una vocación, hacen de la mujer un ser en estado de asamblea. Su producto mal puede ser prolijo. No conducen los automóviles como los hombres. Tampoco escriben como ellos. Y quizá no construyan la misma metapsicología.

Esto no quiere decir que la mujer está por fuera del asunto de la competencia, sino que está inscrita en ella de un modo particular, que la atraviesa de manera diferente. Por ejemplo: los espermatozoides libran una competencia feroz, de la que sale triunfante sólo uno. El óvulo espera. Los machos de las especies libran entre sí luchas importantes por la conquista de una hembra. Ella espera y selecciona, cualquiera sea el criterio que tenga para hacerlo. Después, ella estará para hacer lugar, no para competir. Donde cabe uno, caben dos, y hasta tres... ahora la tecnología puede pedir lugar hasta para seis o siete. Y la mujer se agranda, y hace lugar. No hay para ella *yo o vos*. Llegamos al final juntos o podemos correr serio peligro los dos. Si llegamos, también podemos morir los dos.

En la mujer, insisto, la vida y la muerte se juegan de a dos. Pero su conducta, como la del varón, está dictada, en última instancia, por la supervivencia. Que, en la mujer, tiene que ver con la relación con *lo otro*.

En la intimidad de los tejidos existen complejos mecanismos moleculares que hacen a la aceptación o rechazo de lo extraño al organismo. El sistema inmunitario, en condiciones normales, es capaz de distinguir “lo que soy yo de lo que no soy yo” y de reaccionar “violentamente” ante lo ajeno. Es como si, en la intimidad de las células, hubiera mecanismos capaces de establecer una clara diferencia entre identidad y alteridad; valga el desliz.

Pero la placenta es el sitio en el que se alberga y crea algo “que soy yo y no soy yo”; no sólo porque el feto no es la madre, sino porque sólo la mitad de ese feto es cromosómicamente idéntica a la madre; el resto le es ajeno. ¿Y por qué salvo en muy pocos casos (como el conocido de incompatibilidad Rh) los tejidos de la madre no rechazan al feto?

Porque la Naturaleza es sabia, cualquier cosa que ello quiera decir. Personalmente, creo que hay idiosincrasias de lo masculino y de lo femenino y también creo que están distribuidas no homogéneamente entre hombres y mujeres.

Así como no puedo (y creo que no quiero) definir claramente si sexo o género, tampoco puedo hacerlo acerca de si Ciencia o si Arte. De modo que, habiendo hablado hasta acá la científica (se supone) hablará ahora la poeta (o algo así).

* * *

Que si te viene, que si no te viene, que si ya te vino, que si no te viene más. Que si estás, que si no estás. Que si funcionás, que si no funcionás. Que si sos como todas. Que si no te viene es porque estás. Que si estás y te viene es porque ya no estás, o porque estás por no estar. Que si lo perdés, que si lo retenés. Andá, corré a ver si perdés. O si te manchás. O si se te nota. O si sigue. O si huele. O si te desangrás. O si te lo tomás con filosofía. O si ya no sangrás y sos vieja. Una cerradura, un cinturón de castidad gigante. Un torniquete.

De sangre en sangre se te va la vida.

* * *

Se irguió con dificultad; por los dolores de espalda que le habían dejado numerosos embarazos, algunos partos y ciertas lactancias; y escuchó atentamente la pregunta clara y retorcida de la Esfinge:

—¿Cuál es el animal que a veces es uno, a veces dos, a veces tres...?

Yocasta fijó sus ojos en los de ese ser extraño que la interrogaba y le contestó sin hesitar:

—Ese animal es la mujer.

Y la Esfinge, que se arrastraba yerma, implacable condena por su altiva hibridez; compartía, sin embargo, con Yocasta, ese saber ancestral de todas las mujeres.

Así es que las dos se miraron tierna y tristemente, se abrazaron y lloraron durante un tiempo de siglos.

Y pasado todo ese tiempo, la Esfinge volvió a preguntar, pero esta vez lanzando su interrogante a los vientos:

—¿Y qué hacen los hombres para ignorarlo?

Yocasta contestó, sin embargo, como si la pregunta hubiera sido dirigida:

—La muerte, la guerra.

O quizá por su boca contestaron todos los vientos. Los de Oriente y Occidente, los Boreales o los Alisios, los Monzones, los que llevan las canciones de cuna del mundo.

Del que es ahora. Del que se fue. Del que seguirá siendo. Tal vez. Y Yocasta sintió también los retortijones en las entrañas. Como los de aquel día, en que en realidad ya

era crepúsculo, cuando oyó las voces que repetían lo que decían había dicho la Pitia, sentada como siempre sobre ese trípode que en Delfos dejaba salir los vapores del Onfalos (que —de una u otra manera— servían para drogarla y hacerle decir lo que repetirían en hilera interminable los hombres):

—Ese niño debe morir.

Son las mismas voces que antes y después lo dijeron tantas veces e hicieron el dolor de tantos vientres de mujer. Innúmeros soldados de Zeus, de Jehová, de Cristo; iban a ser o habían sido dichos, cuando aún estaban en los vientres de sus madres:

—Ese niño debe morir.

La Luna asoma, hendida, sobre el barranco. Llora, infinita, la pena de sus mujeres muertas. Los hombres mueren al Sol, de guerra. Las mujeres mueren de Luna, heridas de amor. Mientras los hombres duermen en sus campamentos y roncan sueños de batallas que reiniciarán con el Sol nuevo, las mujeres se deslizan oscuramente, bajo la Luna, libando su semen, tejiendo y tejiendo hijos que les serán arrancados, antes o después: “Ese niño debe morir” desgarran los vientres de todas las madres de toda la historia. Debe morir porque es el hijo de él. Sólo duerme un trecho en tu seno. Allí, en la puerta, están esperándolo para matarlo. Si fuera niña, la Luna empalidecería su piel y seguiría con el destino de portar a sus hijos y enterrar a sus muertos. Las mujeres recorren, infatigablemente, los campos, echando terrones de Grecia sobre sus muertos. La Esfinge recorre, con su mirada de águila, los campos de

Grecia. Y ve siempre hombres muertos, con los vientres abiertos y las vísceras afuera y los pájaros carroñeros que las devoran y ve en espejo lo que hacen los augures cuando abren el vientre de las aves para ver en sus vísceras el destino de los hombres. Quien cree que abriendo y mirando las vísceras va a encontrar otra cosa que vísceras está ciego.

Ciego mirando las vísceras.

Las mujeres enjugan rápidamente la sangre para que no se vea el sufrimiento. La sangre de las heridas, de la matriz, de las guerras o de los menstruos. Las mujeres son grandes comedoras de sangre, vampiros carroñeros de sangre reseca, de sangre doliente, de sangre derramada. La sangre persigue a las mujeres como perro de presa, siempre hincada en sus tobillos, pronta a treparse y arrancarle, de a mordiscos, la vida.

Las mujeres, hechas de sangre, la amasan y la enjugan incesantemente, sacando y poniendo la vida, sin detenerse, como Penélope, hasta que terminan por no saber si tejen o destejen, sin más tino que el de mover los dedos, la lengua, los ojos, sin detenerse; siempre sin detenerse.

Las mujeres van tanteando, ciegas; y en sus dedos se reseca la sangre fresca.

—A tejer sangre, mujer, a tejer sangre. Es el sino de tu stirpe. Es igual: ahora ya lo sabes. Deja que él se lave las manos.

Himeneo sangra en tu puerta.

* * *

¡Sálvalo, Layo, sálvalo de su destino nefasto! Matará a su padre. Muero en sus brazos cuando acaricio los pechos de niño de Yocasta. Mi hijo, ella y yo, compartimos el lecho. Y cada vez, cuando se acerca el goce, sé que morimos juntos. ¿Y si no fuera necesario matarlo? ¿Y si al matarlo cada pedazo cobra vida y un ejército de tus propios engendros te ataca? ¿Y si reviven y se multiplican? Tres, dieciséis, treinta y siete, infinitos brazos alzados contra su padre. Te matará o te castrará hasta agotar tu simiente. Mátalo, Layo, su muerte no tiene remedio. Su vida tampoco lo sería habiendo matado a su padre. Si ella no te hubiera engañado, perra maldita, no estarías ahora en esta encrucijada del dolor sin nombre de matar a tu hijo para salvarlo del dolor sin nombre de matar a su padre y engendrar dentro de su propia madre. ¡Sálvalo, Layo, sálvalo de su destino nefasto! ¡Que sus ojos no vean lo que los ojos de los hombres no están hechos para ver! ¿Por qué, Yocasta, por qué desoíste el designio de los dioses? Por tus ojos pasa una y mil veces la escena. Tu hijo, tu pobre hijo, ésa tu réplica, padeciendo los horrores de la duda, el terror de los dioses, el rayo de Zeus. ¡Mátalo, Layo, sálvalo! ¿Cómo resistir el tormento de ese cuerpo, que es cuerpo de tu cuerpo, sin perder tus ojos el sentido? Las mujeres no tienen sino corazón: que quieres tener un hijo, que quieres tener un hijo. Si sabes, si se te ha dicho, si los dioses han decidido que tu vientre sólo albergue monstruos. ¿Cómo puede tu empecinamiento llegar hasta el desafío y la ceguera? ¿Cómo pudiste, Yocasta, atreverte a tales extremos? ¿Cómo alzaste así tu desobediencia ante los dioses? ¿Qué soberbia, qué ceguera movió tu corazón para desoír de semejante modo los designios? Yocasta: ¿qué será ahora de nosotros?

¿No temes? ¿Es que los dioses ante los cuales hemos jurado amor, fidelidad y familia, ya no significan nada para ti?

¿O es tal tu necesidad de ver crecer tu vientre que cualquier otra razón es insuficiente?

Yocasta: ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué arrancaste, sin mi permiso, mi simiente? Tú dices: ¡mi hijo!, ¡mi hijo!

¿No es, acaso, mi hijo?

Tú me lo has arrancado así como gritas. Así también yo voy a arrancártelo. Las mujeres sólo tienen garganta para gritar.

¡ Sálvalo, Layo, mávalo !

*¡Sálvalo del destino parricida e incestuoso de tu estirpe!
¡Es tu hijo, Layo, es tu honra! ¡Sálvalo!*

¡Pluguiera a los dioses que fuera una niña! Esa sería demasiada indulgencia por parte de los dioses; ellos nunca obran de semejante modo. Yocasta: si de tu vientre saliera una niña, echaría por tierra los designios. Morirían los dioses. ¿Qué sucedería entonces? Si sólo pudiera gozarte estas lunas sin preguntarme. ¿Cómo pudiste, Yocasta, cómo pudiste —con el pretexto de la vida— colocarme en esta encrucijada que sólo tiene como salida la muerte!

Si no fuera porque te amo tanto que no puedo vivir sin ti, sería tu vientre el que apuñalaría. Tu vientre carroñero, en el que la vida se nutre de la muerte.

¡Te odio, Yocasta, mi amor!

Layo se detiene un instante con el niño en los brazos.

Hasta hace unos segundos lloraba; ahora que él extiende los brazos desmañados en ofrenda, el niño aferra una de sus manecitas con la otra y deja de gritar. Layo flexiona un poco los brazos y, sin ver a su hijo, desvía los ojos, en rápido nistagmo, a derecha e izquierda: a un lado Yocasta, clamando por la vida del niño; al otro el Oráculo, ordenando su muerte. Y Layo con ese niño en los brazos, que le quedan chicos para la decisión que le ha dejado el destino. Chicos para la responsabilidad que los dioses le entregaron con la vida. Frente a la encrucijada, toma por un atajo y el niño cae en manos de unos pastores que se cruzan llevando sus cabras. Layo nunca confiará a nadie —ni a Yocasta— su secreto.

* * *

Advertí de entrada que esto no iba a ser prolijo. Y, efectivamente, no lo fue. Razón y pasión, intuición y rigor, se cruzan más o menos como vienen. ¿Será porque soy mujer? Porque —mal o bien que me pese— ése es mi sexo, o mi género. Y, después de todo: “¿qué más puede ofrecer una mujer?”